

La literatura canaria en los siglos XIX y XX

1

Romanticismo isleño

La literatura canaria del siglo XIX se puede dividir como casi toda la literatura occidental en tres etapas: prerromántica, romántica y realista, con la salvedad de que aquí los caracteres clásicos o neoclásicos quedaron muy arraigados y el romanticismo no dió frutos muy abundantes, como no se considere como un producto suyo el acentuado isleñismo y regionalismo de algunos grupos. Pero también responde este siglo a la constante histórica canaria: la de los escritores concentrados y macerados en las propias islas y la corriente de los que se vierten totalmente al exterior. Pero sí hay una corriente general que viene desde fines del XVIII a ser carácter permanente de todos los escritores canarios a lo largo del siglo XIX: el liberalismo que accede a los corrientes moldes del comportamiento político para ser también norte literario de casi todos nuestros escritores.

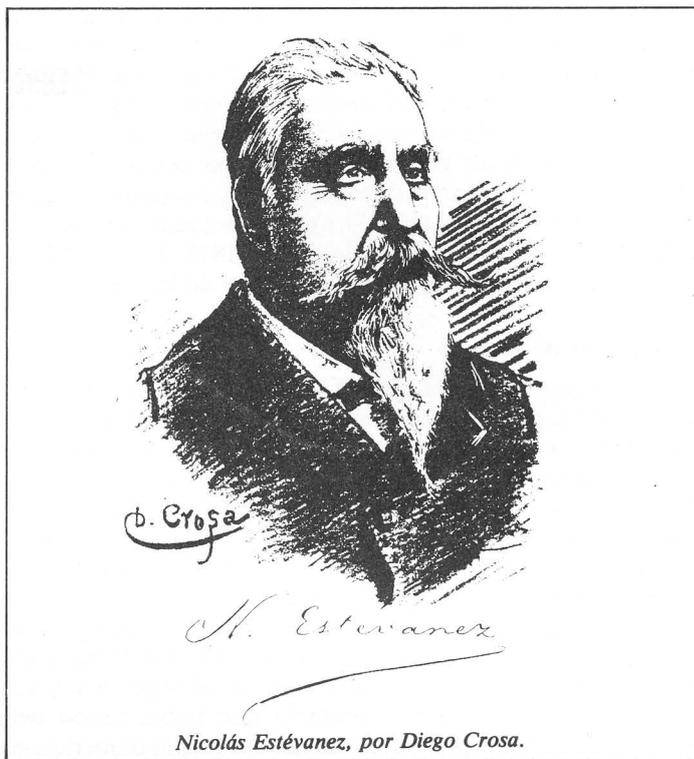
El Doctoral de Las Palmas don Graciliano Afonso y Naranjo había nacido en la Orotava en 1775. Sufrió persecuciones, dirigió sátiras a la Junta de la Provincia, fue «miembro del Congreso de 1822, tuvo que expatriarse a América —Venezuela, Trinidad— criticó literariamente el mal comportamiento de algunos frente al ataque de Nelson, y sin dejar de ser un hombre del Neoclásico —*Anacreonte*, la *Eneida*, *Arte Poética* de Horacio— apunta hacia la nueva época en que los contactos con la literatura inglesa van a ser frecuentes en Canarias: tradujo el *Ensayo sobre la Crítica* de A. Pope. En sus poemas representa la transición entre el neoclásico y el romanticismo.

En el *Álbum de literatura isleña* de 1856 —y sentando un precedente que después ha sido seguido por los grupos poéticos e incluso los prosistas del siglo XX— se agrupó el primer romanticismo isleño, ya que aparecen en él José Benito Lentini, Bento y Travieso, Claudio Sarmiento, Plácido Sansón y a ellos se añade, por don Joaquín Artilles, los nombres de Ignacio de Negrín y Diego Estévez. Típico de este estilo romántico es el trozo de una Oda de Bento y Travieso dedicado a una tempestad que asoló la isla:

Ese que orea el aura
campo de horror y páramo desierto,
de la gentil Rosaura
fue dulce asilo y delicioso huerto.

Regionalismo

La llamada Escuela Regionalista de La Laguna abarca la última época del XIX. Las mismas tendencias regionalistas se mostraban en otros sectores de la Literatura Española de la misma época. Ésta tenía voluntad de serlo en poesía. Se suelen incluir en este grupo a Tabares Bartlet, Antonio Zerolo Herrera, Cabrera Pinto, Guillermo Perera, Nicolás Estévez Murphy. Otros incluyen a todos los nacidos entre 1838 y 1875 con Luis Rodríguez Figueroa y Domingo Rivero, de Las Palmas de Gran Canaria. Pero su tendencia no es a encerrarse en los isleños sino que adquiere vuelo universal en versos como éstos de Tabares Bartlet:



La creación en el espacio gira
la atracción que los orbes encadena
y el grano microscópico de arena
que en el desierto el caminante aspira.

Es una época en que la situación oscila entre las resonancias becquerianas y el 98. Una amplia gama que va desde Nicolás Estévez Murphy —que en prosa fue un soberbio realista— y la premonición de un poeta que sólo es conocido como del siglo XX: Domingo Rivero. Nicolás Estévez nació en Las Palmas de Gran Canaria, pero se trasladó a vivir a Tenerife muy niño, precisamente a “la casa del almendro” del huerto de Gracia que hizo célebre el más conocido de sus poemas:

Mi patria no es el mundo
Mi patria no es Europa,
Mi patria es de un almendro
la dulce y fresca, inolvidable sombra
...
Mi patria es una isla
Mi patria es una rosa
Mi espíritu es isleño
como los riscos donde vi la aurora.

Orígenes del realismo

Pero mucho más importante, como testimonio, del contenido ideológico de la forma de ser de la literatura canaria, es la obra de Estévez titulada *Mis Memorias* que comenzaron a publicarse en *El Imparcial* de Madrid en 1899, y en donde el realismo irónico del isleño, no exento de estoicismo, se plasma perfectamente. Abarcan desde 1838 a la Exposición Universal de 1878. En él también se pueden

LA LITERATURA CANARIA EN LOS SIGLOS XIX Y XX

ver los primeros atisbos de poesía social de que ha dado muestras la literatura canaria. Dentro de esta misma literatura realista hemos de incluir a don Domingo José Navarro, autor de una obra que se ha difundido mucho más: *Recuerdos de un Noventón*, publicada en 1895, pero con el antecedente de una memoria titulada *La Ciudad de Las Palmas a principios de este siglo*. Según el propio autor se trataba de plasmar sus recuerdos en el momento en que Las Palmas transformaba su mezquino hacinamiento de casas de resabio morisco en elegante población europea. La vocación histórica de nuestros escritores tampoco es desmentida por don Francisco Fernández de Bethencourt, poeta de Arrecife de Lanzarote que nació en 1851 y cuya obra más conocida es su *Nobiliario y Blasón de Canarias*, de 1878. Fue miembro de las Reales Academias de la Historia y de la Lengua.

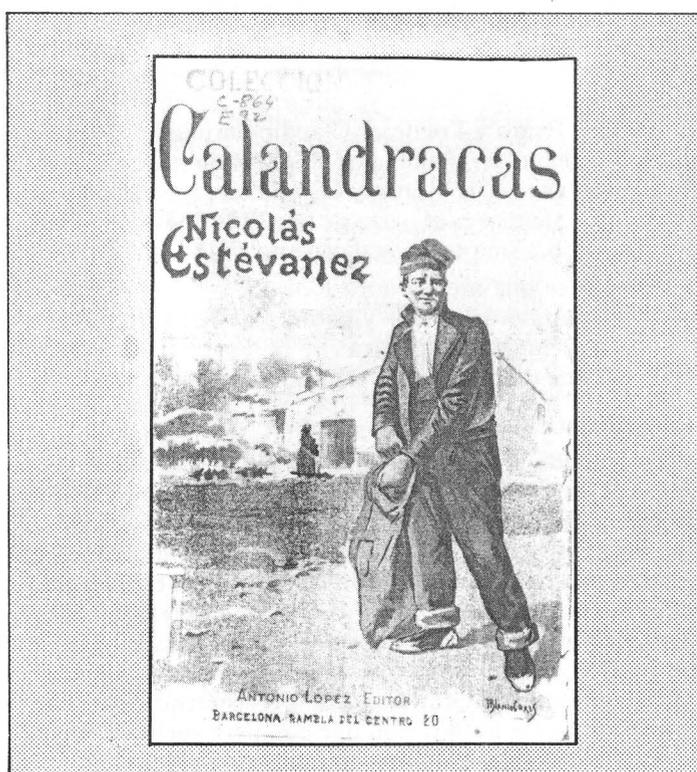
Galdós y el Realismo

La última parte del siglo XIX y los primeros años del XX tuvieron para la literatura canaria la importancia de vincularnos aún más a la literatura universal, sobre todo a través del máximo maestro del realismo español: don Benito Pérez Galdós, forjado en las instituciones pedagógicas liberales de Las Palmas, mientras la sociedad y la familia se mantenía en la tradicional posición cerrada. Galdós encontró en Madrid, y en toda España, lo que ya había vivido en su isla natal. Éste es el secreto de todas las reacciones de Galdós en el campo de la literatura, y el de su influencia en la novelística norteamericana del sur en el siglo XX y su comprensión en un campo literario que había salido del esclavismo y su expansión en la novela hispanoamericana anterior al *boom* y posterior a él, sobre todo en las tendencias vinculadas a la línea Faulkner -Gallegos y a todo lo que pudiéramos llamar "literatura para el progreso sociopolítico". Mientras tanto, en la misma ciudad de Las Palmas de Gran Canaria se volvía a institucionalizar la literatura y la cultura en general en las personas de los hermanos Luis Millares Cubas y Agustín (nacidos en 1861 y 1863), hijos del historiador Agustín Millares Torres, periodistas, poetas, novelistas, autores de teatro y promotores del mismo y fundadores de una tertulia literaria, continuación de las tradicionales tertulias de ambiente literario en Canarias, que aún vive en el recuerdo de la cultura y el ambiente que promovieron. El folklore y la lingüística tampoco les fueron ajenos, pues don Agustín, después de haber muerto don Luis, aún publicó *Canariadas de antaño* y *Cómo hablan los canarios. Refundición del léxico de Gran Canaria*. La primera obra que publicaron los Millares fue en 1895: la colección de cuentos *De la tierra canaria*. La escuela regionalista también triunfaba en Las Palmas. Hay que resaltar en ellos las piezas teatrales: *¡Viva la vida!* y *Compañerito*.

Un gran enciclopedista de todo lo canario florecía por aquel entonces en Las Palmas, importante como hombre vinculado a la ciencia europea y como fundador del Museo Canario: el Dr. don Gregorio Chil y Naranjo. La cultura canaria da entonces los primeros pasos para averiguarse a sí misma, mientras busca su vinculación universal. En las novelas de los Millares se encuentran títulos netamente insulares: *Pepe Santana*, *Santiago Bordón*. En el teatro dejaron *La deuda del comandante*, *La herencia de Araus*, *María de Brial*, *Tan cerca y tan lejos*, etc., pero desde el punto de vista de la cultura y su localización hemos de subrayar la creación del Teatrillo en casa de don Luis, que estrenó varias obras de los hermanos pero en el cual también se representaron obras de Mae-

terlink, Ibsen, Unamuno. La vinculación a los nuevos movimientos europeos de paisajes ajenos a los que tradicionalmente habían influido en Canarias es de subrayar. Es ya la época en que el Noventiochismo y el Modernismo están presentes en Las Palmas de Gran Canaria. Ya hemos citado también a la tertulia de los Millares. Los nombres de los contertulios van a ser muy significativos en adelante. Por ella pasaron gentes como Saint-Saëns, Salvador Rueda, García Sanchiz, Unamuno, Tomás Morales, Alonso Quesada, Claudio de la Torre, Néstor Martín Fernández de la Torre, Cástor Gómez, Miguel Benítez y otros muchos.

Don Benito Pérez Galdós nació en 1843 y murió en 1920 pero aún sigue siendo discutido en la literatura universal e influye de una manera directa en el medio de expresión artístico dominador del siglo XX: el cine. Fuera del culto del regionalismo —cuando tiene que referirse a una localidad típica, la inventa, tal como haría Faulkner— su fecundidad superior a la de Balzac —crea un mundo. Los Episodios Nacionales abarcan todo el XIX español y en una serie de novelas presenta Galdós de manera descarnada la necesidad de europeización idea constante en la sociedad española desde el XVIII. En toda su obra procura no aludir a Canarias, pero Canarias está presente a través de la conversación, del coloquio de sus personajes. Los Episodios Nacionales se han comenzado a publicar en 1974 en la edición titulada *Episodios Nacionales para niños*. Sus novelas tendieron a convertirse en teatro para captar la aquiescencia de las masas. Como novelas testigo de una nueva manera de pensar se suelen citar *Gloria*, *La familia de León Roch*, *Doña Perfecta*... los temas de la discriminación racial y religiosa, de la piedad fanática, del matriarcado absorbente de Doña Perfecta que logra la muerte de Pepe Rey, condenado por liberal, y la locura de su hija. Para muchas, *Fortunata y Jacinta* es la mejor novela porque casi siempre se ve a Galdós como el escritor madrileño ante todo. A estas obras maestras se pueden añadir *Marianela* y *Misericordia*, la epopeya de la criada Benigna. Éxitos de Galdós en el teatro fueron *Realidad*, *Doña Perfecta* de 1896 y *El abuelo*, de 1904. Teatro para estimular la conciencia social que logró su ápice en 1900 con *Electra*. Máximo y Electra simbolizan los ideales de libertad frente al absolutismo de Pantoja. Con la novela *Tristana* de 1892 y



con *Nazarín*, de 1895, Luis Buñuel ha creado dos obras maestras del cine de la segunda mitad del siglo XX. En los últimos Episodios Nacionales —publicados de 1901 a 1910— se acentúan los caracteres simbolistas del arte de novelar de Galdós. El último fue *Cánovas*. Y la última novela, *El caballero encantado* (1909) donde se muestran las alegorías, los simbolismos y los personajes y sucesos maravillosos, que indicaban un cambio casi total de los comienzos y los preceptos realistas galdosianos.

La época entre dos siglos

Dentro del culto a las fechas y las generaciones que suele predominar en el estudio de la literatura hemos de señalar aquí que los poetas nacidos entre 1875 y el comienzo del siglo XX son de tan variada inspiración como Manuel Verdugo, Ignacia de Lara, Luis Doreste Silva, Tomás Morales Castellano, Saulo Torón, Alonso Quesada, Montiano Placeres, Claudio de la Torre, Luis Benítez Inglott o Pedro Perdomo Acedo, aunque a ellos podamos unir alguien de mucha importancia que había nacido antes: Domingo Rivero. Nada permite que hablemos en Canarias a la vez de una generación paralela a la del 98 o de un movimiento modernista puramente literario. Ello es posible que tenga algo que ver con la diferente perspectiva de la catástrofe española del 98 y luego de la Primera Guerra Mundial. Se vieron ambas desde las Islas Canarias. El Archipiélago en el primer caso tomó plena conciencia del peligro que corría, esperando ver aparecer a la escuadra yanqui en cualquier momento frente a sus costas. En el segundo caso de la Primera Guerra Mundial la sufrieron las islas en su propia carne, sin suministros de ninguna clase que pudieran llegar de sus mercados habituales. Es típica de la falta total de comunicación entre los problemas de Península a Islas los propios conceptos de Unamuno sobre diversos rasgos de nuestra literatura de la que no comprendió nada desde Nicolás Estévez a Rafael Romero. No es extraño porque ocurre lo mismo en la actualidad cuando los críticos peninsulares dictaminan sobre la actual literatura hispanoamericana. Sin embargo no se puede prescindir de Unamuno porque en realidad fue el único del 98 en cuya obra encontramos vivencias literarias de Canarias. Además hay autores como Domingo Rivero o Alonso Quesada que sin ser noventaiochistas están unidos a Unamuno por la extraña sensación que dan de “tierra devastada o baldía”, y en relación con la poesía francesa a través del “escalofrío nuevo” que Baudelaire representó. Esto no significó sin embargo la pérdida de la literatura que podemos llamar “isleñista” en el más amplio sentido de la palabra ya que los mismos hermanos Millares cuya tertulia fue centro de la época de las relaciones internacionales de la cultura canaria fueron autores de esta especial forma de nuestra literatura insular con sus dos vertientes de lo actual popular y lo reivindicatorio indigenista, en un paralelo muy claro con las literaturas hispanoamericanas. Y hemos de dejar constancia que este paralelismo no se produce por influencias recíprocas —que por otra parte siempre han existido— sino principalmente porque el “hecho canario” como América estaba preparado para recibir todas las innovaciones posibles, como reinos marginales que eran ajenos a las instituciones político-sociales de los reinos centrales: Castilla y Aragón.

La generación de 1900 española, —con Ortega y Pérez de Ayala a la cabeza es posible que haya tenido más repercusión en Canarias, que la anterior del 98. La prueba está en la revista *España* donde tantos canarios colaboraron y el diario *El Sol*, que se vendía en Las Palmas como periódico de los grupos intelectuales. La generación siguiente ya tenía un contacto muy directo con la *Revista de Occidente*. Canarias volvía ahora a través de la literatura peninsular a tener



El escritor Ángel Guerra.

un contacto multifacético con las tendencias europeas. Podemos reconocer a través de Tomás Morales y Néstor Martín Fernández de la Torre un modernismo nuevo con inspiración parisino-americana, pero en Tomás auténticamente de inspiración canaria como el mismo soneto aljandrino con el que se hizo famoso y que comienza:

Puerto de Gran Canaria sobre el sonoro Atlántico
con sus farolas rojas en la noche calina...

Indudablemente había nacido una nueva poesía modernista que aunque vinculada a Rubén por su ritmo marcado aprehendía nuevos temas y ensayaba nuevos metros de banco largo. *Las Rosas de Hércules* contiene toda la obra de Tomás Morales y sus variados aspectos del mar, el puerto, los hombres de mar, lo dieciochesco, lo plenamente modernista-nestoriano (en el sentido de maravilloso decorador recamado) lo otoñal, lo bucólico, la nueva era comercial, lo exótico y los cantos heroicos en donde no falta la Oda a don Juan de Austria en la más alta ocasión que vieron los siglos y la clara nota política de las simpatías canarias en la primera gran contienda mundial: *Britania Maxima* y el *Canto a las banderas aliadas*.

El título de la *Fiesta de los Menceyes* de 1919 demuestra cómo en ninguna época el recuerdo romántico de lo indígena ha dejado de estar presente en nuestro contexto literario. Culmina con ella las tendencias canarias postrománticas, parnasianas y modernistas y los poetas que en ella participaron son muy significativos: Tabares Bartlet, Guillermo Perera, Domingo J. Manrique y Tomás Morales con su

¡Pico de Tenerife! Titán medieval de azul loriga
que en Occidente eriges la dictadura de tu reinado
y anuncias a los nautas aventureros la playa amiga
¡Atalaya eminente del Archipiélago Afortunado!

Un nuevo escalofrío

La poesía nueva en Canarias como en el Continente enlaza con un *nuevo escalofrío* que no podemos dejar de imaginar nunca desatado de las lindes románticas, con una evocación directa de lo humano corporal y la tierra baldía. Los poetas que inciden en estos puntos de vista tienen cumbres como las de Domingo Rivero y Alonso Quesada, con atisbos en otros muchos como Saulo Torón.

El cuerpo humano aparece como centro muy concreto y realista de atención en Domingo Rivero que se interroga casi desesperadamente:

¿Por qué no te he de amar cuerpo en que vivo?
¿Por qué con humildad no he de quererte
si en ti fui niño y joven y en ti arribo
viejo a las tristes playas de la muerte?

Tu pecho ha sollozado compasivo
por mí en los rudos golpes de mi suerte
ha jadeado con mi sed y altivo
con mi ambición latió cuando era fuerte.

Y te rindes al fin, pobre materia
extenuada de angustia y de miseria
¿Por qué no te he de amar? ¿Qué será el día
que tú dejes de ser? ¡Profundo arcano!
Sólo sé que en tus hombros hice mía
mi cruz, mi parte en el dolor humano.

Son versos que indudablemente muestran un existencialismo “no aprendido” en libros sino directo y vivencial.

El otro cuerpo está representado en Alonso Quesada por una de sus constantes —su inspiración muchas veces anglosajona, aunque sea a veces irónicamente, a veces como contraste:

Oh dear Rowe, mis horas de hombre inútil/chocaron
con el gris de tu sonrisa:/Yo pensé entonces, que la niebla
inglesa/de tu extraño corazón fluía/

En Saulo Torón se ve aún una conciencia más clara de esta situación de la despersonalización del ser corporal:

Ya no sé si soy yo o es aquel hombre
que está ahí, frente a mí, o en cualquier parte;
aquel que se disfraza con nombre
que no es el mío, aunque mi ser comparte.

Aquel ser temeroso y reverente
que mi amistad tímidamente implora,
que unas veces me mira indiferente
y otras sonrío, o desespera y llora.

El ser que me acompaña y me persigue
fatalmente en la ruta, donde sigue
la duda ahondando el porvenir incierto...
No sé quién soy ni sé quién esto escribe.
Si soy yo o es el otro que concibe
y labora por mí, porque yo he muerto.

De ellos la obra más extensa corresponde a Alonso Quesada que justifica también la alusión que hemos hecho a la “tierra baldía” en

Campos de Gran Canaria sin colores
¡secos! err mi niñez tan luminosos.
Montes de fuego donde ayer sentía
mi adolescencia en ansia de otros lares...

El contraste con su compañero de generación es muy claro. Tomás Morales en *Criselefantina* se dirige a la belleza del cuerpo femenino

Unge tu cuerpo virgen con un perfume arménico
muéstrame de tu carne juvenil el tesoro
y rueda sobre el mármol de tu perfil helénico
la cascada ambarina de tus bucles de oro.

Y en *La honda*, que dedicó a Amado Nervo, el paisaje seco de Gran Canaria se torna en húmedo y umbrío, lleno de mitos:

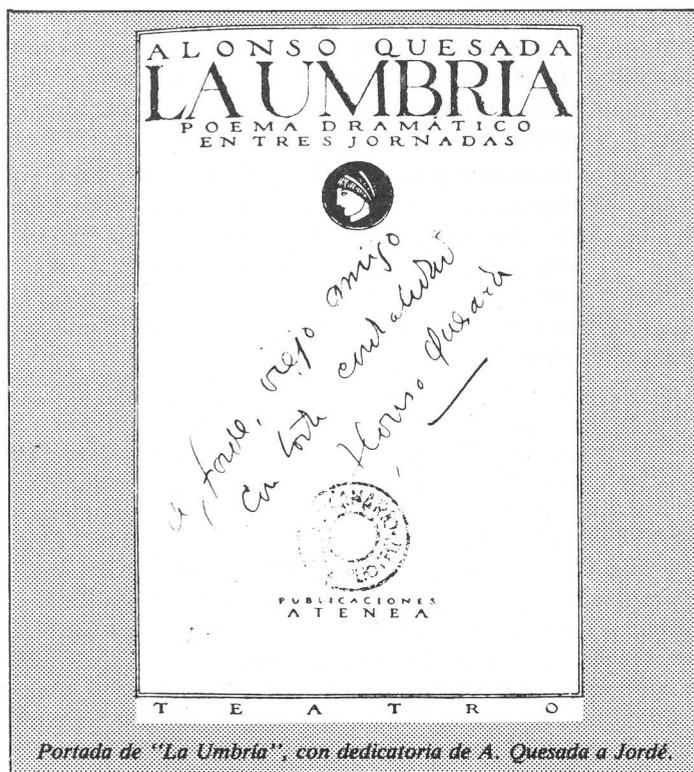
El bosque en sombra es el santuario
donde algún genio milenario
savias eternas descubrió;
la luna plena es un diamante
que lanzó la honda de un gigante
y en la alta noche se clavó...

La obra de Alonso Quesada (Rafael Romero) fue diversa y abundante y sigue una trayectoria clara hacia los nuevos tiempos vanguardistas, pero nace vinculada a un romanticismo-modernismo muy claro en *La Umbría*, obra fechada en los Pinares de Tirma 1918-1919, obra dramática en la que la divisoria entre los seres vivos y los muertos no es muy clara —como en un antecedente de Juan Rulfo en *Pedro Páramo*—. El “otro ser” de Alonso Quesada es el del medio ambiente de su trabajo: la colonia inglesa comercial y el turismo inglés como en *Las inquietudes del hall*, *Smoking Room* (veintiún cuentos de la colonia inglesa con una sola estructura externa) presente también en sus versos *Isla del Buen clima*, como en muchos otros y que se ligan a otros temas de la literatura canaria, la ciudad, el mar, la noche, el clima:

Vagar, vagar
por esta lejana ciudad de ultramar
excelente clima
Ya lo dice el reclamista oficial:
ingleses tuberculosos
ambulante sanatorio liberal.
Estación de extranjeros
de extranjeros de tarjeta postal
...

para concluir con un perenne dilema de la cultura y del intelectual en Canarias:

El pensamiento
—noventa y cinco céntimos lo más—
es otro clima tibio y benigno
que eterniza la siesta intelectual
Yo estoy en medio de este clima localista
con una irremediable temperatura universal.



Portada de “La Umbría”, con dedicatoria de A. Quesada a Jordé.